



Capítulo 13

MARGARITA GUERRA MARTINIÈRE / RAFAEL SÁNCHEZ-CONCHA BARRIOS
Editores

HOMENAJE A JOSÉ ANTONIO DEL BUSTO DUTHURBURU

TOMO I



**FONDO
EDITORIAL**

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ

Homenaje a José Antonio del Busto Duthurburu

Margarita Guerra Martinière, Rafael Sánchez-Concha Barrios, editores

© Margarita Guerra Martinière, Rafael Sánchez-Concha Barrios, editores

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2012

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición, abril de 2012

Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-9972-42-991-0

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2012-03236

Registro de Proyecto Editorial: 31501361101865

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

LA ACEPTACIÓN DE LA VERDAD EN LA HISTORIOGRAFÍA

Armando Nieto Vélez S.J.

Uno de los requisitos esenciales del historiador, además de la competencia como profesional en la investigación, es de índole ética. Consiste en el deseo y la búsqueda constante de la verdad histórica. Ello supone no solamente la adhesión al valor «verdad», sino también la honestidad personal, cuando la verdad puede afectar creencias, convicciones, preferencias que el historiador cultiva y proclama.

Un axioma antiguo fue formulado por Cicerón: «*ne quid falsi dicere audeat, deinde ne quid veri non audeat*» [*De Oratore*, II, 15 (62)]. «No atreverse a decir nada falso, y atreverse a decir todo verdadero». Y es que de muchas maneras se puede faltar a la verdad en el conocimiento histórico y en la difusión del mismo. Por lo pronto, es reprochable articular lo falso en el relato del discurso historiográfico. Pero también lo es —y con mayor frecuencia— caer en la omisión y por omisión. Añadamos que la verdad puede distorsionarse de modos más sutiles: por la exageración tendenciosa, las generalizaciones excesivas, las insinuaciones veladas, los anacronismos rebuscados, los prejuicios de toda laya. En fin, la amplia gama de dosificar silencios y afirmaciones.

El conocimiento de la verdad histórica lleva consigo su aceptación; esto es, aceptar la realidad como sucedió. La problemática que aquí se trata toca temas propios de la psicología individual y social, y aun de la psiquiatría. Es sabido que la no aceptación de la realidad, sea o no en la propia condición, conduce a comportamientos de rechazo, resentimiento, incluso de odio; comporta el afán de ocultamiento, de ignorancia afectada acerca de las situaciones que han herido o simplemente disgustan al sujeto. Se llega al vehemente y aun desesperado esfuerzo de querer cambiar lo que una vez sucedió. Se hará lo posible por lograrlo. La personalidad queda marcada por la frustración. La no aceptación quisiera que «aquello» no hubiese existido nunca; pero «aquello» ya es inamovible.

En psicología se citan casos patéticos de lo que venimos diciendo. Es la joven que en su niñez vivió agrios conflictos familiares; es la mujer agredida o menospreciada por el varón machista y prepotente; el escolar del que los

compañeros hacen burla, etcétera. ¿Cómo encajan tales personas esas situaciones, no momentáneas sino permanentes?

Dado que queremos referirnos a casos de historiografía, pensamos en lo que acaece cuando son los pueblos mismos los que se ven en situaciones adversas o humillantes por la derrota o la frustración. Es verdad que las conductas son muy variadas (entre maestros, políticos, historiadores). Nos viene a la memoria la conocida fábula de la zorra y las uvas. La moraleja del cuento es clara y muy humana: quien por propia incapacidad o inhabilidad no ha alcanzado algo, tiende a justificarse y echar la culpa a otros.

Los políticos miembros de partidos están expuestos al maniqueísmo en sus juicios y actuaciones. Tienden a descalificar como perjudiciales, como malévolos o por lo menos inconvenientes, las palabras, realizaciones y proyectos de los adversarios. Tienden a ser lapidarios en sus juicios. Y llegan a ser implacables en sus apreciaciones sobre el pasado histórico. Solo el paso del tiempo suaviza esos juicios. Muchos conquistadores españoles fueron severísimos en juzgar las instituciones prehispánicas como primitivas e inferiores. A su vez, personajes de la Independencia calificaron duramente toda la época virreinal. En el siglo XIX, los adversarios políticos del mariscal Ramón Castilla fueron injuriosos críticos de la obra de aquel que hoy es reconocido como notable gobernante. De la lectura de periódicos de aquella época se saca la impresión de que nada bueno hubo para el país en los gobiernos de Castilla.

Durante la guerra con Chile los desacuerdos entre los caudillos peruanos fueron extremos y muestran la desunión nacional en momentos que justamente hacía falta la concordia frente al enemigo común. Se exacerbaban los ánimos: Ricardo Palma es enemigo declarado de García Calderón, y este es presentado como agente de intereses extranjeros. El gobierno de Montero en Arequipa fulmina a Iglesias como traidor a la Patria y declara nulos sus actos. El propio Cáceres no acepta el tratado de Ancón sino solo el 6 de junio de 1884, casi ocho meses después de suscrito.

La no aceptación del pasado tiene en la historia de los pueblos por lo general motivaciones políticas y psicológicas. Halla una expresión muy cómoda: el olvido y el silencio intencionados, no por desconocimiento de lo sucedido, sino por la obsesión de no querer que lo acaecido exista (ni siquiera como recuerdo). Tomemos el caso paradigmático de los textos escolares de la Unión Soviética (que reflejan los de la historiografía oficial) luego del fallecimiento de José Stalin el 5 de marzo de 1953.

Las autoridades que sucedieron a Stalin, sobre todo Nikita Kruschev, se propusieron hacer desaparecer el nombre y el recuerdo del dictador georgiano. Por lo pronto se dio la orden de no mencionar el nombre de Stalin. La ciudad de Stalingrado, campo de la heroica resistencia frente al ejército alemán, fue convertida en Volgogrado. Tengo a la mano la *Historia de la URSS*, manual de S. Alexéiev y V. Kartsov (1967). De la página 131 a la 141 se recuerda «la gran guerra patria

del pueblo soviético contra los invasores fascistas». Curiosamente, ni una sola vez aparece el nombre de José Stalin. Reiteramos que solo se nombra a Stalingrado, pero advirtiendo que es Volgogrado. Tampoco se mencionó a Stalin a la muerte de Lenin; pero a este sí se le ensalza y se le dedican varias fotografías.

Pensamos que un joven alumno ruso que haya leído el referido texto se preguntará naturalmente: ¿Quién dirigió al pueblo durante la guerra contra el nazismo? ¿Quién guió a los ejércitos a la victoria? Respuestas: «Los pueblos de la URSS se movilizaron para la Gran Guerra Patria» (p. 132). «Los soviéticos defendieron y salvaguardaron valerosamente Moscú [...]. En diciembre de 1941 el ejército soviético pasó a la ofensiva y arrojó a los invasores fascistas lejos de la ciudad» (p. 134). «El ejército Rojo elaboró el plan de la derrota de los invasores fascistas» (p. 137). «El mando soviético elaboró el plan de la derrota definitiva del enemigo» (p. 138)¹.

Si bien el manual cita a los generales Kónev y Rokosovski, se abstiene de mencionar a Stalin.

La «desestalinización» instaurada por Krushev en 1956 comenzó por una feroz crítica al régimen de Stalin (del cual se vino a saber que era profundamente odiado por las masas soviéticas aun antes de su muerte). El «mito Stalin» debía desaparecer. Además del texto citado de Alexéiev y Kartsov, podemos ver otro similar (también traducido al castellano). Se titula *Relatos sobre la historia de la URSS*, por T. Golúbieva y L. Guellershtein. Comprobamos el mismo proceso de purgación. Otra vez la prescindencia total del nombre de Stalin. El ejército soviético «admirablemente dirigido» (¿por quién?) logró «la gran victoria sobre el fascismo» (p. 154 y ss.). Se mantienen lucidamente los retratos de Lenin y (ahora a todo color) de Brézhnev, secretario general del Comité Central del Partido Comunista.

Haciendo una comparación inevitable ¿podríamos imaginar un texto escolar de historia peruana que prescindiese totalmente de los nombres de San Martín y Bolívar en la independencia?, ¿o de Grau, Bolognesi y Cáceres en la guerra del Pacífico?

Un autor contemporáneo podrá estar en desacuerdo con protagonistas individuales o colectivos de la historia pretérita; podrá en ocasiones execrarlos. En el caso de España han intervenido en su larga historia pueblos y etnias diversísimos: fenicios, celtas, iberos, romanos, visigodos, judíos, árabes... Hubo ciertamente invasiones, guerras, conflictos entre unos y otros. ¿Qué sentido tiene preguntarse hoy, con ínfulas de jueces inapelables, quiénes son los réprobos candidatos al valle de Josafat?

La conciencia de mestizaje es signo de madurez cuando este se acepta y se asimila, sin penosos complejos. El pasado se compone de triunfos y derrotas,

¹ El libro concluye con esta frase: «Así, pues, querido lector, te has puesto al tanto de la multiseccular historia del pueblo soviético, de su lucha por una vida mejor hacia la que abrió el camino en octubre de 1917», p. 154.

virtudes y defectos, lacras y glorias. Como ha escrito Raúl Porras Barrenechea, a propósito de Pizarro: «Es inútil y pueril escatimar admiración al conquistador en nombre de presuntos resentimientos nacionalistas. Es como si en Francia se repudiara a Julio César porque plantó su tienda en Lutecia y llevó a las Galias la cultura latina, o como si en España se pretendiera volver a los tiempos del pastor Viriato» (Porras Barrenechea, 1999, p. 70).

Y a propósito del retiro del monumento ecuestre de Francisco Pizarro de la plaza mayor de Lima, cabe recordar lo que puede verse en la Roma actual. Un edificio monumental de la época del fascismo evoca nada menos que la conquista de Abisinia. En el frontis se lee una inscripción latina que exalta la era imperial, pero no de los césares, sino del 'imperio' inaugurado por Benito Mussolini en 1936. Los modernos italianos y los turistas que por miles pasan diariamente a la vera del edificio fascista, no creo que piensen en la conveniencia de demolerlo.

En la lista de aceptaciones y rechazos, de silencios ominosos y sinceros reconocimientos, cada país, cada civilización, puede presentar casos de unos y otros.

En julio de 1974, el gobierno militar peruano del general Juan Velasco Alvarado nacionalizó los diarios de circulación nacional. La confiscación terminó en julio de 1980, cuando el nuevo gobierno civil del presidente Fernando Belaunde Terry —en segundo periodo— devolvió los periódicos a sus legítimos propietarios. Los directivos del diario *La Prensa*, estimando que los seis años de publicación bajo el régimen militar no representaban la auténtica línea periodística del periódico, numeraron las ediciones a partir del número de *La Prensa* del día anterior a la estatización. Ignoraron sencillamente las ediciones del diario entre julio de 1974 y julio de 1980. El que consulta *La Prensa* en una hemeroteca se encontrará con que la numeración de más de dos mil ediciones está repetida.

Con más realismo, en cambio, los directivos de *El Comercio*, sin convalidar la confiscación sufrida durante un sexenio, reconocieron el hecho evidente de la publicación del periódico y siguieron numerando correlativamente las ediciones, como si nada hubiera pasado.

Este hecho de los periódicos limeños trae a la memoria los casos de los gobiernos que han pretendido declarar la nulidad de administraciones anteriores que por diversas causas se impugnaban. Para juzgar estos hechos habría que revisar los aspectos jurídicos involucrados en cada situación. Así por ejemplo, en el segundo gobierno de Fernando Belaunde, iniciado en julio de 1980, el Poder Legislativo, lejos de hacer tabla rasa de lo actuado en el régimen militar (1968-1980), determinó cuáles normas debían mantenerse y convalidarse, y cuáles no. Fue un modo sensato y prudente de actuar.

La verdad de lo que realmente ocurrió dejó de ser el criterio de la historiografía y fue desplazada por las «verdades» oficiales de lo útil y lo pragmático.

Hay numerosos ejemplos, en todas las épocas, de este escamoteo de la verdad histórica. Cuentan los egiptólogos que al recomponer la historia de los faraones

se encontraron con que un faraón cubre con su nombre edificaciones de su antecesor. Hay allí una mezcla de vanidad, egolatría, rivalidades, que recurren a prácticas burdas e ingenuas para ocultar la realidad. Pero ¿es posible hacer desaparecer el recuerdo del pasado? Tal vez sí, en muchos casos. Quizás para un ciudadano de la República Dominicana el recuerdo del general Rafael Leonidas Trujillo no es muy gratificante. Tampoco es grato a los germanos el recuerdo de Hitler, o a los bolivianos el de Melgarejo o Hilarión Daza. Pero la historia registra ya esos nombres. Podemos y debemos lamentar tales o cuales episodios. El propio Papa Juan Pablo II ha pedido perdón por actos reprobables cometidos por miembros de la Iglesia jerárquica en el pasado. Lo que no podemos es pretender crear una historiografía expurgada *ad usum Delphini*.

En su ya clásico manual *El conocimiento histórico*, Henri Marrou describe el curioso proceso del escamoteo de la historia real cuando cae en manos de la política pragmática. Pone el caso —ya referido— de la historiografía soviética:

Nada tan desolador como la suerte que les ha cabido a los historiadores de los pueblos no rusos de la Unión Soviética: ¿que la ‘política de las nacionalidades’ crece en el liberalismo? Helos ahí invitados a rebuscar en el pasado de su pequeña patria y a exaltar a sus héroes antiguos; ¿que Moscú se inquieta ante el inevitable recrudescimiento del ‘nacionalismo burgués?’, pues los tales héroes no serán ya sino reaccionarios: el historiador de turno se aplicará en adelante a explicar cuán felices fueron los cosacos o los cherkenes por haber sido agregados a la gran familia rusa con la conquista imperialista de los tiempos de los zares. Un paso más y ¿cómo podrá resistirse ya nuestro colega cuando algún maquiavélico venga a sugerir que determinada mentira hábilmente combinada será más eficaz en el combate entablado, servirá mejor a la causa que esas pequeñas verdades de hecho tan minuciosamente establecidas? ¿Qué importa que las cosas no hayan ocurrido de tal modo? Se las relatará como deberían haber sucedido y semejante historia será entonces «políticamente» verdadera. Ya uno no se contendrá con pasar en silencio las hazañas de Trotsky; falsificando sin escrúpulo alguno toda clase de documentos, por ejemplo fotográficos, se ha tratado de agrandar el papel que realmente desempeñó Stalin junto a Lenin en la dirección de los asuntos públicos durante los primeros años de la Revolución (Marrou, 1968, p. 160).

Y a quienes juzguen que esa crítica de Marrou es simplista e injusta, el historiador francés les recuerda que

[...] el marxismo, filosofía romántica, pone en manos de sus adeptos una teoría que les pone en posesión, con anterioridad a toda investigación propiamente histórica sobre cuestiones de hecho, de la verdad respecto al sentido de la Historia y al proceso de su realización [...] La verdad de la ciencia depende, en definitiva, de la integridad mental del investigador, de las cualidades personales de este, de su minuciosidad, y para decirlo todo, de su conciencia. Precisamente en este conjunto de garantías estriban nuestra convicción y nuestra confianza (1968, p. 161).

Para la historiografía marxista, en la búsqueda de la «verdad» hay un ingrediente muy eficaz que se expresa en la norma directriz formulada por el filósofo polaco (también marxista) Adam Schaff: «Si desean acceder en sus estudios a la verdad objetiva, adopten conscientemente posiciones de clase y un espíritu de partido de acuerdo con los intereses del proletariado» (Schaff, 1974, p. 355). Pero ya conocemos los frutos de la variabilidad a que da origen la aplicación de criterios extrínsecos, más políticos y coyunturales que epistemológicos e historiográficos.

Por lo demás, los riesgos y las tentaciones de ocultar la verdad o de distorsionarla o manipularla de variados modos han estado siempre presentes en todos los tiempos y lugares en que ha habido conciencia histórica. Los historiadores al servicio de una causa se ven inducidos a llevar el agua a sus propios molinos. Hay temor de aceptar la verdad o de decirla cuando se estima que ello perjudicará a la «causa».

Hacia el siglo IV la herejía arriana insistía en negar la filiación divina de Jesús (subrayando únicamente su naturaleza humana). El tercer Evangelio, según San Lucas, afirma en el cap. 22, verso 44: «Entrado en agonía, oraba (Jesús) con más fervor y su sudor vino a ser como gotas de sangre que caían sobre la tierra». Los manuscritos más confiables registran ese versículo. Pero he aquí que la citada frase está omitida en los manuscritos conocidos como A, B, N, R, T, W, 13, 69, 124, 346, boháirico, sahídico, sirosinaítico, P75: nada menos que catorce códices. «Se ha observado la falta en los manuscritos y Padres del periodo arriano, mientras que se encuentra en los manuscritos que preceden y siguen a dicho periodo. Los arrianos abusaban de estos versos a favor de su tesis contra la divinidad (de Jesús)» (Leal, 1961, p. 755). Quiere decir que los asustados copistas de esos catorce códices omitieron el pasaje lucano del sudor de sangre en Getsemaní porque... mostraba a Jesús demasiado humano. La comisión bíblica vaticana reafirmó la genuinidad de la discutida perícopa (26 de mayo de 1912).

Finalmente se debe traer a colación un importante testimonio autobiográfico de historia eclesiástica contemporánea. Se trata del libro *Al servicio de Pio XII. Cuarenta años de recuerdos*, por la religiosa alemana sor Pascalina Lehnert.

Es sabido que la hermana Lehnert desempeñó una función de mucha cercanía y confianza al lado de monseñor Eugenio Pacelli, primero como Nuncio Apostólico y luego como Papa (1939-1958). Es sabido también que el médico pontificio de esos años era el doctor Ricardo Galeazzi-Lisi: el «arquiatra» del Papa. Su nombre aparecía con frecuencia en la prensa internacional, sobre todo en las páginas del diario vaticano *L'Osservatore Romano*. Pues bien, en los «recuerdos» de la hermana Pascalina, descritos con detalle en el libro en cuestión, no aparece el doctor Galeazzi-Lisi. Tal silencio, por parte de la religiosa que lo vio y trató tantas veces en las habitaciones vaticanas, es sencillamente irritante. La pregunta obvia es naturalmente: ¿a qué circunstancia pudo obedecer tan clamorosa amnesia?

Después del deceso de Pío XII pudo conocerse la dolorosa verdad. El doctor Galeazzi-Lisi, valiéndose de su condición de médico de cabecera del Papa, había tomado sigilosamente fotografías de la agonía del Pontífice, y luego las vendió a una revista europea de actualidad. La gravedad de tal falta de ética en una personalidad como la de Galeazzi-Lisi llevó a que su conducta fuera justamente censurada en su propio país y en su gremio profesional.

Todo ello debió decirlo, si no la autora del libro, por lo menos el editor en una nota de pie de página. No creemos que resulte desdorado para la limpia memoria del Papa Pacelli el recordar el reprochable comportamiento de su médico favorito. Una vez más: *Veritas liberabit vos* (Juan 8, 32).

Bibliografía

- Alexéiev, S. & V. Kartsov (1967). *Historia de la URSS*. Moscú: Progreso.
- Golúbieva, T. & L. Guellershtein (1976). *Relatos sobre la historia de la URSS*. Moscú: Editorial de la Agencia de Prensa Novosti.
- Leal, Juan (1961). Traducción y comentario del Evangelio según San Lucas. En *La sagrada Escritura, texto y comentario... Nuevo Testamento, I, Evangelios*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Marrou, Henri (1968). *El conocimiento histórico*. Barcelona: Labor.
- Pascalina Lehnert Sor (1984). *Al servicio de Pío XII. Cuarenta años de recuerdos*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Porras Barrenechea, Raúl (1999). Pizarro el fundador. En Jorge Puccinelli (comp.), *Antología de Raúl Porras*. Lima: Fundación M. J. Bustamante de la Fuente.
- Schaff, Adam (1974). *Historia y verdad (Ensayo sobre la objetividad del conocimiento histórico)*. México D. F.: Grijalbo.